

No mentirás

por **Fabrizio Dietrich**

Ser fiel a los hechos es el mandamiento básico del periodismo. Pero en los últimos años han salido a la luz varios casos de periodistas de primera línea que falsificaron fuentes para inventarse buena parte de sus noticias. Qué sucede cuando la profesión traspasa la delgada línea que separa la realidad de la ficción.

En junio de 1998, la periodista del *Boston Globe* Patricia Smith renunció tras descubrirse que había fabricado citas y personajes en cuatro de sus reportajes. En una columna de despedida, la redactora reconoció que había violado uno de los mandamientos capitales del periodismo. “No fabricarás. Sin excepciones. Sin pretextos”, escribió Smith.

No era la primera vez, ni sería la última, que la falsificación de fuentes desataba el escándalo en la prensa norteamericana, muchas veces catalogada como la más ética y profesional del mundo. En la última década, influyentes medios como *Newsweek*, *The New Republic*, *Times*, *USA Today*, y hasta el histórico *The New York Times*, sufrieron célebres tropezones debido a la publicación de

historias que habían olvidado la regla esencial del periodismo: la narración debe ajustarse a la realidad.

Al tiempo que Smith era despedida del *Boston Globe*, la cadena *CNN* y la revista *Time* tuvieron que salir a desmentir una noticia que habían publicado con gran despliegue: que el ejército estadounidense había usado gas sarín contra los desertores de Vietnam. Y apenas unas semanas antes, el periodista estrella de la revista *The New Republic*, Stephen Glass, era obligado a dimitir por razones similares: 27 de las 41 notas que había escrito para ese medio contenían información totalmente falsa. Su historia incluso llegó al cine con *Shattered glass* (2003), película dirigida por Billy Ray y protagonizada por Hayden Christensen.

Otro caso impactante salió a la luz el 11 de mayo de 2002, cuando *The New York Times* tuvo que escribir la crónica más ominosa en sus más de 150 años de existencia: en una nota de cuatro páginas, que arrancaba en la portada, el matutino contaba la historia de los plagios e invenciones de Jayson Blair, un ambicioso joven que en casi cuatro años

Fabrizio Dietrich

Licenciado en Comunicación Social, orientación Periodismo. Se desempeña como Ayudante diplomado en el Taller de Producción Gráfica I de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP y, desde 2003, como periodista en el diario *Hoy en la Noticia* de La Plata.

como reportero del diario había publicado más de 600 notas. 36 de ellas habían sido enteramente inventadas y por lo menos otras 70 combinaban el plagio y la mentira. Más cerca en el tiempo, el 19 de marzo de 2004, el *USA Today* informó a sus lectores que Jack Kelley –su periodista más destacado, y cinco veces candidato para el Pulitzer– era, en realidad, un embustero que había inventado “porciones sustanciales” de al menos ocho de sus artículos.

En abril de 2005 el *Boston Globe* volvió a tener un patinazo similar al de Smith, esta vez con una colaboradora llamada Bárbara Stewart. “Los cazadores llegaron en 300 barcos y dispararon sus arpones sobre las crías de foca mientras el hielo y el agua se teñían de rojo. La mayoría de las focas tenía menos de seis semanas de edad”, reportó Stewart desde Newfoundland, Canadá. El problema surgió porque la cacería fue retrasada por mal tiempo, y todo lo detallado en la noticia del *Globe* todavía no había ocurrido. Sólo un mes más tarde, el semanario *Newsweek* debió retractarse de un reporte de Michael Isikoff –célebre por haber descubierto las infidelidades de Bill Clinton con la becaria Mónica Lewinsky– que denunciaba que en la prisión de Guantánamo se había tirado al inodoro un ejemplar del Corán para lograr que los presos hablaran. Luego del revuelo que se armó, *Newsweek* no pudo confirmar la fuente original de la noticia.

El periodismo argentino también tiene en su archivo episodios oscuros. El más célebre, quizá, el protagonizado por Nahuel Maciel, que trabajó en el diario *El Cronista Comercial* entre 1991 y 1992. Allí publicó entrevistas a Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti, Umberto Eco y Ray Bradbury, todas ellas fraguadas de la primera a la última línea. Hasta llegó a editar un libro de conversaciones con García Márquez,

prologado por Eduardo Galeano (quien sólo se enteró de ello bastante tiempo después de aparecido el libro). También de la imaginación de Maciel surgió el museo de la subversión en Tucumán, en el que supuestamente se exhibían huesos y fetos de “subversivos”, y que terminó en papelón para *El Cronista*.

El último hecho que cobró trascendencia pública aquí fue el de Jorge Zucolillo y la revista *TXI*. En el primer número de esta publicación, el 21 de marzo de 2003, se incluyó una nota enviada por Zucolillo desde Bagdad. Al poco tiempo se comprobó que el periodista jamás había salido del país y que su cobertura de la guerra de Irak había sido una gran farsa.

La raíz del pecado

Parece un contrasentido que en una sociedad sobresaturada de información como la actual, donde los medios sólo tienen espacio para publicar una ínfima porción de la catarata de datos que manejan a diario, se puedan generar situaciones en las cuales los reporteros recurran a la falsificación de fuentes para construir sus noticias. Y también llama la atención que en todos los casos se haya tratado de periódicos prestigiosos, “serios”, supuestamente rigurosos en el tratamiento de la información y en el chequeo de fuentes.

Ahora bien, no se pueden achacar estas disfunciones del sistema de medios únicamente a la corrupción o falta de ética de los periodistas involucrados. El vedettismo no explica por sí solo los casos recurrentes de fraude periodístico, y mucho menos el descuido de los editores que permitieron que esas historias ficticias se convirtieran en noticias. Las causas hay que buscarlas, en primer término, en la descarnada competencia entre las empresas periodísticas –potenciada por la proliferación de los

medios electrónicos– que puede relegar a un segundo plano el esencial trabajo editorial de chequear las fuentes y contrastar la información con la realidad, ante la posibilidad latente de que otra publicación se adelante a dar la noticia.

Luego de descubierto el caso Glass, Marvin Kalb, veterano periodista de los noticieros de la *CBS* y la *NBC*, escribió una columna en el periódico *Los Angeles Times* donde puso de relevancia este punto: “La competencia, que siempre existió en el negocio de las noticias, se ha convertido ahora en una presión inexorable y brutal que fuerza a reporteros y productores, que normalmente serían cuidadosos, a ceder ante las tentaciones de desenfreno e imprudencia, apresurándose a imprimir o a transmitir historias que no están completamente investigadas, para las cuales no se han consultado suficientes fuentes, ni se han verificado”.

Mucho de esto estuvo presente en los engaños de Jayson Blair a *The New York Times*. El editor general del diario, Howell Raines, y su adjunto, Gerald Boyd, habían sido contratados para hacer un periodismo de calidad y tan rápido como para competir con los medios electrónicos. Por ello, impulsaban una política de máxima presión y mínimo tiempo para elaborar las historias. Blair encajaba a la perfección en ese esquema: siempre había conseguido buenas historias, era altamente productivo y tenía buena pluma. Claro que, para lograrlo, inventaba citas de personas a las que nunca había entrevistado y describía escenarios de lugares que nunca había visitado.

La presión sobre editores y reporteros, generada por la competencia y la aceleración de las rutinas laborales, tiene su lógica contrapartida en un relajamiento de los controles de calidad y veracidad por los que pasan los textos. Así, el sistema se basa, en buena parte, en la ética profesional del periodista. Y cuando a

éste no le importa su ética es más que plausible que sucedan casos como los de Blair, Glass, Kelley, Stewart, Smith, y nuestros Maciel y Zucolillo.

Pero incluso cuando sí le importa, la posibilidad de perder ante la competencia puede conspirar contra el eficiente chequeo de fuentes. Cuando estaba trabajando para *Newsweek* en el affaire Lewinsky, Michael Isikoff tenía en sus manos la información esencial sobre el asunto, pero esperó a conseguir la confirmación de fuentes que exige la buena práctica profesional. Un periodista con pocos escrúpulos, Matt Drudge, le birló la primicia y la publicó en su sitio de Internet. Resultado: Isikoff ganó reputación profesional, pero Drudge pasó a la historia como el hombre que aireó el escándalo. Seguramente esa experiencia pesó, varios años después, al momento de decidir publicar la información de que los responsables de Guantánamo habían tirado copias del Corán a los

retretes. La difusión de la noticia generó en países musulmanes disturbios que dejaron un saldo de 17 personas muertas. A la semana siguiente, el editor de *Newsweek*, Mark Whitaker, pidió disculpas a las familias de las víctimas, y explicó que Isikoff había obtenido su información de una fuente gubernamental anónima, pero no había podido confirmarla en chequeos posteriores. Otro elemento que conspira contra la correcta utilización de las fuentes, y que también está relacionado con la adaptación de la prensa gráfica para poder competir con los medios electrónicos, es el “ablandamiento” de las noticias que circulan en los diarios. Con un mayor énfasis en los elementos de color y en el “lado humano” de la historia, la línea que separa al entretenimiento de la información pura se ha tornado cada vez más delgada. En un artículo publicado por *The Washington Post*, el 13 de julio de 1998, tras el escándalo generado en

torno a las invenciones de Glass, Richard Harwood –ex ombudsman del matutino– culpaba, más que a la competencia, a vicios arraigados en el periodismo norteamericano y provenientes del “nuevo periodismo” que crearon en los 60 escritores como Norman Mailer, Truman Capote y Tom Wolfe, mezclando información y literatura. “Este estilo –decía Harwood– invadió las redacciones y dio a periodistas y escritores de menos talento que los creadores del género permiso para emplear técnicas propias de la ficción literaria en beneficio del realismo, el sentido y la verdad, de modo que se difuminó la definición y la función misma del periodismo”.

En un oficio donde se escribe en primera persona y el propio reportero es noticia, sostenía Harwood, se convirtió en práctica admitida el uso de fuentes anónimas. Algo de eso le había ocurrido en 1981 al propio *Washington Post*, cuando su periodista Janet Cooke ganó

Leer es crecer



© Joaquín S. Lavado, QUINO, Toda Mafalda, Ediciones de La Flor, 1993.

Instituto
Cultural



Buenos Aires
LA PROVINCIA

el premio Pulitzer por un reportaje novelado sobre un niño de 8 años adicto a la heroína, que al fin y al cabo resultó ser inventado.

Mea Culpa

Queda por ver cuál fue la postura de los medios al descubrir los distintos casos de fraude periodístico:

- *The New Republic* obligó a Stephen Glass a dimitir. Sin embargo, el artículo que sacó todo a la luz fue “Mentiras, condenadas mentiras y ficción”, escrito por Adam Penenberg en *Forbes Digital Tool*. Penenberg había sido el periodista que había advertido a la dirección de *The New Republic* que un artículo de Glass sobre hackers era cien por ciento inventado.

- Luego de verse involucrado en el escándalo por el supuesto uso de gas sarín en la guerra de Vietnam, la revista *Time* realizó una rectificación desde sus páginas y creó el puesto de “editor público”, que actúa como vigilante de los periodistas y defensor de los lectores.

- En el caso de Patricia Smith, el *Boston Globe* aceptó su dimisión y sacó una disculpa final firmada por la periodista, junto a una nota editorial explicando la postura del matutino. En cuanto a Bárbara Stewart y la caza de focas, el periódico se retractó en un editorial publicado al día siguiente del desliz: “El fracaso de la autora para dar cuenta del estado de la caza y su invención de los detalles de la escena constituyen claras violaciones del código periodístico del *Globe*. Como la periodista no estaba reportando desde la escena de los hechos, los editores del *Globe* deberían haber reclamado la atribución de fuentes para cada detalle que ella incluyó sobre la caza. La noti-

cia no debería haber sido publicada en el *Globe*, y el *Globe* ha interrumpido su relación con la colaboradora”.

- Luego de descubierta la maraña de mentiras urdida por Jayson Blair, *The New York Times* reconoció en la portada de su edición del 11 de mayo de 2003: “Un reportero de este periódico cometió frecuentes engaños en importantes coberturas de noticias”. El 5 de junio de ese año, en otro artículo, el diario comunicó las renunciadas de Raines y Boyd. Además, creó un comité de gente ajena al rotativo para que se encargue de evitar nuevos fraudes periodísticos, y editó un decálogo con normas a seguir en el tratamiento de la información.

- Jack Kelley, acorralado por una investigación interna del *USA Today*, renunció en enero de 2004. El diario lo dio a conocer en marzo, a través de un artículo donde explicaba las irregularidades cometidas por su otrora reportero estrella. Craig Moon, editor general del diario de mayor circulación en los Estados Unidos, le dijo a su público: “Como institución, hemos fallado a nuestros lectores al no reconocer los problemas de Jack Kelley. Por ello, pido mis disculpas”. El caso se saldó unas semanas después con la dimisión de la directora del *USA Today*, Karen Jurgensen.

- Como ya se señaló, *Newsweek* pidió disculpas a la semana siguiente de la aparición de la historia sobre la cárcel de Guantánamo; pero no sancionó a sus periodistas, por considerar que no había comportamientos antiéticos, fabricación o desinterés en su accionar.

- Con el título “La cobertura que no fue”, la revista *TXT* pidió disculpas a sus lectores por la publicación de notas desde Bagdad que no habían sido escritas desde ese lugar, a la vez que

recurrió a la Justicia con una denuncia penal contra Jorge Zucolillo por el delito de estafa.

- *El Cronista Comercial* no reconoció, al menos oficialmente, el fraude periodístico que había cometido Nahuel Maciel. La salida del periodista fue motivada por la denuncia de un escritor santafecino que encontró que Maciel había plagiado la entrevista a Juan Carlos Onetti de un libro de la periodista uruguaya María Esther Gillio; y por la demanda del sacerdote Mamerto Menapace, de quien Maciel había copiado cada palabra para el libro de las supuestas conversaciones con Gabriel García Márquez. Todo esto fue contado por Mario Diament, director de *El Cronista Comercial* entre 1992 y 1993, en una nota publicada por la revista *Noticias* en junio de 1996.

Como se ve, en la mayoría de los casos la respuesta de los medios consistió en asumir las culpas y dar, desde sus propias páginas, una explicación detallada de cómo se habían desarrollado los sucesos. En otros, se tomaron medidas adicionales para intentar asegurar la futura transparencia de las informaciones y evitar, así, la pérdida de confianza de los lectores. Se sabe: un medio que ha perdido credibilidad lo ha perdido todo.

Pero más allá de los grandes fraudes, habría que preguntarse si en el periodismo actual se cumplen las reglas básicas para la verificación de la información publicada y el chequeo de las fuentes utilizadas. Queda para un análisis más exhaustivo la cuestión de si los casos aquí expuestos son la excepción a la regla o si, en realidad, constituyen la punta de un iceberg que amenaza con hundir la credibilidad del periodismo.